

RECUERDOS.

La gloria del descubrimiento y conquista del nuevo mundo nos pertenece exclusivamente, y no tiene rival en los anales de la humanidad. Ni las ciencias, ni el comercio, ni las artes de la paz y de la guerra pueden reclamar sino una pequeña porcion en la fama de aquel grandioso acontecimiento, que á las ciencias, al comercio y á las artes debia de imprimir un tan poderoso impulso, agrandando con proporciones colosales el círculo en que se moviese en lo sucesivo la vida de las naciones de occidente: la audacia del genio fue quien hizo lo mas; del genio de la navegacion, del de la paz y de la guerra para descubrir, para conquistar y para organizar.

Mas esta gloria era tan grande, que no hubieron de consentir las naciones la saboreásemos en paz; y ya que no les fue dado negarla, porque no se niega la luz cuando de lo mas alto del cielo la derrama el sol á torrentes sobre la tierra, trabajaron por os-

curecerla, no abrazando el conjunto de la accion heróica, sino abultando tales incidentes de ella para arrojárnoslos á la cara. Nosotros no hemos podido reconocer aqui los fallos justos y entendidos de la razon, sino los turbulentos y ciegos de la pasion, y aguardamos aún que la historia hable para acatar debidamente su sentencia. Ella apreciará en su valor nuestros hercúleos trabajos para desbrozar el camino por donde con tanta intrepidez y provecho nos han seguido despues las naciones de Europa, de cuyos esfuerzos recoge hoy la civilizacion tan abundante cosecha de progreso.

Entre tanto séanos lícito recusar á nuestros pretendidos jueces que en nombre de la moral han anatematizado nuestra conducta entera, y recordarles que el que se atreva á tomar la voz de tan augusto ministerio ha de mostrar su corazon y sus manos puras de toda mancha, y que no sienta bien predicar moral y obrar iniquidad. Recordaremos á los ingleses y á los franceses, no ya los actos de su sistema colonial tan pocas veces escusable, sino las lecciones de moral pública que en este mismo siglo se han tomado el trabajo de venirnos á dar en nuestra propia casa, los primeros con capa de aliados quemando nuestras fábricas

y ciudades como pudieran los soldados de Atila, los segundos hiriéndonos cobardemente por la espalda, y luego, porque éramos hombres de corazon y nos revolvíamos contra ellos para defendernos como podíamos, fusilándonos como *brigantes*.

Ni queremos á la historia parcial ó seducida por el brillo de nuestra gloria: la queremos ante todo moral, con una sola balanza para pesar la conducta de las naciones en el fiel de la justicia eterna; que ya es tiempo de que la historia se moralice, de que recobre, si alguna vez lo tuvo, ese sentido moral que no se deslumbra por el lustre de la gloria ni por el aparato de la fuerza, sino que va derecho al fondo de la accion humana para juzgarla en la presencia de Dios. Si nosotros hemos atropellado los derechos de otras naciones, cúlpesenos enhorabuena, ó mas bien cúlpese á la época en que nos tocó obrar, asi como será preciso cargar la mano sobre la presente en que siguen reinando las mismas máximas; mas téngasenos tambien en cuenta lo que hicimos por el progreso de la humanidad y por el triunfo de esa misma moral, llevando la luz del Evangelio á esas regiones donde la idolatría, los sacrificios humanos y la mas cruel servidumbre civil y doméstica ejercieron has-

ta nuestro advenimiento pacífica y horrible dominacion.

La conquista de Méjico se señaló por una tal mezcla de prudencia y osadía, por un tal acierto de combinacion y vigor de ejecucion, que aseguró entonces á su caudillo el asombro de los contemporáneos, y luego en la posteridad el crédito, no ya de hombre de fortuna, sino de capitán esclarecido y gran conductor de naciones. Cortés tuvo que empezar por someterse los escasos y rebeldes instrumentos de sus futuras glorias, haciéndoles aceptar de buena gana, si no su legal autoridad al menos la de su genio, que es otra fuente de legitimidad en el orden de los sucesos humanos. Si en esto acreditó su íntimo conocimiento del corazon, luego en mas vasto teatro mostró el no menos profundo que le asistia de los elementos que constituyen la fuerza de la sociedad, ó mas bien su capacidad instintiva para penetrarlos, y su habilidad para tocar á tiempo aquellas delicadas fibras á que siempre responde el afecto de los pueblos. Cortés, sacando partido de su situacion excepcional en medio de gentes tan nuevas, hirió ante todo su imaginacion con el aparato de objetos tan estraños; mas no contentándose con esto ahondó en sus corazones el

cimiento de su futuro poder, asociándose con sinceridad y empeño á sus intereses, aspirando á la gloria de su libertador y dejándoles entrever una emancipacion aún mas sustancial en el triunfo de una religion que condenaba sus crueldades y torpezas.

Asi tuvo el arte de hacer de enemigos aliados, que abrazaron su causa con ardor, la sostuvieron con heroismo en los dias de prueba, y la hicieron triunfar al fin por su valor y perseverancia; que lo mas admirable de este gran suceso no es tanto el arrojo que supone, quanto la serenidad de Cortés en medio de la derrota, su fe en la lealtad de sus amigos, la reposicion de sus fuerzas al amor de esta lealtad, y su segunda y definitiva campaña contra Méjico á la cabeza de doscientos mil guerreros indígenas que le respetan y le obedecen como á un Dios.

Un gran capitán organiza y triunfa: para ello su genio, dominando el teatro de accion, se asimila todos los elementos de fuerza dispersos al rededor suyo, les da cuerpo, cohesion y vida, y al propio tiempo neutraliza ó reduce á su minimum las resistencias antes de forzarlas. Napoleon se distinguió por una prodigiosa fuerza de organizacion; pero le faltó para igualarse á Cortés el talento de ganarse aliados. El ruido de sus

victorias y el giro de sus proclamas herian la imaginacion de los pueblos, presentándole con la figura colosal de un semi-dios, merecedor del cetro del universo; mas Napoleon tocado de cerca en sus ejércitos y generales, era una pesa de plomo puesta sobre el corazon de las naciones que no las dejaba respirar, y ahogaba á un tiempo dentro de ellas su vida física y moral. Por eso en los dias de infortunio levantáronse contra él hasta las piedras, y sus mismos franceses le abandonaron á la merced de sus encarnizados enemigos, cuando si hubo hombre en el mundo en circunstancias propicias para dar á su poder una significacion social, ese fue Napoleon, colocado por la Providencia en el confin de dos mundos distintos, y encargado al parecer de iniciar en la vida el mundo del porvenir. ¿Qué no hubiera él hecho de los españoles, italianos, polacos y alemanes si realmente hubiera estado dotado del don de conducir naciones, si en vez de hacerse instrumento de mezquinos intereses y pobres iras se hubiera resignado á ser siempre el brazo de la Providencia?

Conquistado Méjico, conquistado quedó todo el imperio de Motezuma, cuya vida estaba reconcentrada en la cabeza, fuera de la cual no habia mas que dura opresion é

insuportable tiranía. Cayó aquel coloso de pies de barro en medio de la aclamacion de las naciones circunvecinas, que cualquiera que hubiere de ser su destino saludaron en esa caída la aurora de su emancipacion; y cayó para no volverse á levantar, herida la imaginacion de las naciones americanas por el espectáculo de un tan inopinado suceso llevado á cabo por tan irregulares medios. El nombre de Cortés imperó desde el punto en todo aquel vasto continente, mucho mas allá de los límites del imperio deruido, hasta donde la fama veloz podia hacerle resonar engrandecido con la pompa de la fantasía.

Dedicó Cortés los escasos instantes que le concedió la envidia á consolidar la conquista y zanjar para su ingrato rey los cimientos de un nuevo imperio poderoso. Distribucion de tierras, sábia organizacion de los conquistadores, espediciones lejanas y casi fabulosas por el arrojio y fortuna que suponen, aclimatacion en aquel suelo virgen de la agricultura europea, importacion de animales útiles, comercio exterior é interior, derechos de los indios, policia civil, orden religioso, y en medio de tantos afanes la ciudad de Méjico renaciendo hermosa y grande del polvo de las barracas azte-

cas á los mágicos acentos de su voz; he aqui los cuidados del conquistador y á lo que alcanza el poder de su genio y de su patriotismo inmenso, al propio tiempo que á dos mil leguas de distancia el gusano de la envidia roe, si no el pedestal de marmol de su gloria, el fragil fundamento de su futura tranquilidad.

Cortés fue en vida el héroe querido de los indios que conquistó, y cuyos descendientes doscientos cincuenta años despues tributaron á su memoria un homenaje tier-no, reuniéndose á millares con pompa nacional para honrar los restos de su adorado conquistador al depositarse en la iglesia de Jesus, que él mismo fundó. Hoy estos restos preciosos vagan sin descanso, tal vez en estrangero suelo, porque la mas brutal é infame ingratitude amagó hasta á la triste paz que el sepulcro les garantia. ¿No deberian ellos, en fin, recibir un asilo sagrado en nuestro suelo (*)?

(*) Ya que de esto hablo debo añadir, que en las casas consistoriales de Tlascala vi y besé con indecible amor y respeto el pendon de Castilla que tremoló Cortés en el Nuevo-Mundo, y puede no ser el único, el cual se mantiene en buen estado de conservacion. Muéstranse en el mismo sitio el caliz y ornamento que sirvieron á las primeras misas del P. Olmedo, y en el museo de Méjico la armadura de Cortés. Todos estos y otros

Reducido con tanta gloria el imperio mejicano á la dominacion de Castilla, la importancia de este hecho influyó grandemente en la naturaleza del orden de cosas por él creado, y la ley de la conquista vino á penetrar la masa de la nueva sociedad y á decidir en mucha parte el modo de organizacion de sus elementos.

No sucedió así en la colonizacion inglesa del Norte-América. Ocupado allí el terreno que de pronto bastaba á ejercitar los brazos del colono, y estendido á medida que se aumentaba su poder, la sociedad, compuesta de elementos homogéneos, crecía naturalmente, fundada sobre la esclusiva ley del trabajo, que le asimilaba el territorio y determinaba la combinacion de sus elementos en el sentido de la libertad. Este trabajo, ejercitado bajo circunstancias desfavora-

muchos objetos, preciosos para nosotros, son hoy indiferentes á los mejicanos, despues de haber acaso servido de alimento á su indignacion ó á su burla. Es imposible darse en el mundo nacion menos curiosa de lo pasado que la mejicana, siendo solo comparable esta su indiferencia á la con que mira el porvenir; mas si ese pasado pertenece á España, ha llegado á excitar el odio y el deseo del esterminio. Calmado hoy el resentimiento de la lucha, me parece que el gobierno español está en el caso de negociar la adquisicion de aquellos objetos, reclamándolos por la mas sagrada de las propiedades, la de familia. Si nosotros no los recuperamos pronto, no tardarán en venir á hermosear algun museo de Europa.

bles, remuneraba parcamente al colono, cuyo temple moral se encontraba así en perfecta armonía con el carácter y tendencias de aquella sociedad, que á su vez le ofrecia un teatro en que cómodamente desenvolver y aplicar las ideas de gobierno y de religion con que habia aportado á las playas de América. El gobierno inglés favorecia la colonizacion como un desahogo de los malos humores que aquejaban por entonces á la metrópoli: y sea sistema, ó que la exigüidad de las colonias las pusiese á cubierto de su ambicion, él tomó flojamente en sus manos su direccion, hasta que vuelto en sí ya era tarde, porque un espíritu indomable de libertad animaba á las colonias, y los hábitos de propio gobierno se habian endurecido en ellas; habia sonado en fin para el pueblo norte-americano la hora de su emancipacion.

Mas en Méjico dominó el hecho de la conquista, cuyas inmediatas consecuencias fueron el repartimiento del terreno y de los indios, y la inoculacion en la nueva sociedad de un espíritu aristocrático de mala casta, que se trasmitió á las futuras generaciones por medio de los mayorazgos, y recibió nuevas creces del estímulo del clima y de la feracidad del suelo.

Pero al lado de este principio fundamental existia otro que favorecia tendencias opuestas; existia el principio democrático del trabajo, representado por el tráfico en la persona del español que incesantemente remanecia por el oriente, y dirigido por el gobierno apoyado en la religion. Porque la conquista se hizo á nombre de la corona de Castilla y el rey se posesionó inmediatamente de ella, no parando en su celo de la soberanía hasta echar á un lado al conquistador cuya fama le estorbaba, y destronar á los orgullosos soldados por medio de curiales y de frailes. Tres de nuestros mas poderosos monarcas principiaron esta lucha, que determinó la naturaleza de nuestro sistema colonial, el cual hubo de arraigarse tan profundamente en América, que no bastaron tres siglos para conmoverle, y que murió al fin violentamente en la plenitud de su desarrollo por la fuerza de circunstancias extrañas á su constitucion.

El rey era el primer demócrata de la América, y si obtenia la suma del poder era para ejercerle en favor del trabajo y en contra de las demasías de la conquista y de sus consecuencias aristocráticas: guerra al principio aristocrático fue la bandera levantada en alto por el monarca, á cuya som-

bra combatió con el propio fin y tanto celo el virtuoso sacerdote plebeyo. Veamos algunas de las fases y el resultado final de esta lucha.

La Audiencia fue la valla alzada por el rey, y en ella vinieron á estrellarse sucesivamente las pretensiones inmoderadas de los conquistadores y sus descendientes: ella reprimió con mano de hierro algunas intentonas suyas en tiempo de Felipe II, desde cuya época apenas se turbó una sola vez, hasta la de la Independencia, la tranquilidad de aquella sociedad, que consintió buenamente en ser gobernada tanto tiempo por oidores y por frailes. Los nobles hubieron pues de resignarse á la condicion de la vida privada, y á gastarse en el ocio y la disipacion, contentándose su vanidad con ser regidores perpétuos ó alguaciles de la santa Inquisicion. El monarca habria podido sacar de ellos gran partido; pero le hubiera sido preciso asociárselos al gobierno y partir con ellos el poder, lo que contrariaba todas sus grandes miras y al poco rato habria hecho imposible el gobierno colonial.

Pero ellos eran grandes propietarios, y en tal concepto tenian mas medios de resistencia. El legislador sin embargo no cesó de luchar contra los restos de la conquista

y de abolir al cabo de un siglo las encomiendas; linage de servidumbre paliada, bajo la cual gimieron por tanto tiempo los indios y de la que nunca se han visto perfectamente libres, porque el mal estaba en la naturaleza de las cosas mas que en la ley, y renacia bajo distintas formas por mas que se le atajase en una determinada. No tienen pues mucha razon los que tanto han declamado contra nuestro sistema colonial en lo que decia relacion al tratamiento de los indios, sin advertir que ellos formaban y siguen formando una raza decaida de sus primitivos derechos, y de una grande inferioridad relativa en la escala social; raza condenada en consecuencia por un destino fatal á sufrir el yugo de la dependencia por parte de otra raza dominadora mas adelantada en la civilizacion. Sin embargo, constantemente y con perseverancia heroica luchó cuerpo á cuerpo con el mal nuestro legislador, y tuvo la satisfaccion de verle tomar cada vez mas reducidas proporciones, y de empujar suavemente á la menesterosa raza por el dificil repecho del progreso social, grandemente secundado en esta penosa labor por el celo del sacerdote del Señor, que en todo caso, y ya que otra cosa no pudiera, se interponia entre el verdugo y la

víctima para parar el golpe ó embotar sus filos al acero. Testigo de este progreso es el célebre viajero que á principios del siglo visitó aquellos hermosos paisés.

El indio gozaba del privilegio de menor en sus negocios civiles, y ante los tribunales contaba además con un favor especial, reduciéndose á la mitad los derechos que devengaba; vivia en pueblos aparte con terrenos apropiados, en los que no podia fincar el blanco, y allí se gobernaba por sus usos y alcaldes particulares; estaba exento de alcabalas y de diezmos, y solo pagaba un tributo moderado. En materia de religion se le trataba poco menos que como niño: los impedimentos del matrimonio eran para él mas reducidos y las dispensas mas fáciles; aun en punto de alimentos se le eximia de ciertas restricciones, y estaba completamente libre de la jurisdiccion de la Inquisicion. En fin, si se entregaba á ciertos trabajos duros como el de las minas, se proveia á la libertad de sus compromisos y á la seguridad de su persona contra toda medida vejatoria. Tal era el último estado de la legislacion y tal el anhelo de nuestros reyes por desempeñar cumplidamente la noble mision de proteger una raza desvalida. Si ha habido abusos, ¿qué prueban

ellos sino que la obra se ejecutaba en la tierra y por mano de hombres? Mas á pesar de los abusos, ahí están los resultados generales, ahí la antigua familia americana, pura de las abominaciones de la idolatría, é iluminada con el conocimiento de la verdadera religion, libre del horrible despotismo doméstico, civil y religioso que la diezmaba en sus hijos y sus fortunas; y si no completamente feliz, al menos en via de decidido progreso. Nosotros, aun mucho antes de que los filósofos moviesen dudas sobre este delicado asunto, no tuvimos empacho en tender al pobre indio la mano y saludarle como hermano nuestro; no solo le dispensamos la proteccion de nuestra ley, sino que hicimos para él solo una ley mas indulgente, mas humana; en fin, ya que en el orden de las relaciones sociales no podíamos alzarle hasta nosotros, nos mezclamos con él en el templo, confundimos nuestras voces con la suya para elevarlas juntas á la Divinidad, y le enseñamos prácticamente la sublime leccion de fraternidad cristiana. ¿Pueden decir otro tanto las naciones que han obrado en circunstancias análogas y aun mucho mas propicias?

Ya que he dicho contra quién combatió el monarca, debo añadir ahora en fa-

vor de quién combatió. Lo hizo por secundar el trabajo, cuyo brazo principal era el indio, habiéndose ya visto de qué manera llenó en esta parte sus deberes. Mas la cabeza que dirigia este trabajo era el español, que le ordenaba en grande y le vigilaba en todos sus variados pormenores. Cultivo de aquel rico suelo, esplotacion de sus minerales preciosos, tráfico que ligaba poblaciones separadas por desiertos y cordilleras, y por obstáculos de toda especie que era preciso vencer con un cierto espíritu de aventura, á todo proveia su inteligencia y basaba su inmensa actividad, viniendo de ordinario la mas magnífica recompensa á coronar sus perseverantes esfuerzos.

El español era como la providencia de aquella sociedad: trasportado allí en edad temprana, sus facultades parecian duplicarse en aquel grandioso teatro, su inteligencia y su corazon agrandarse hasta la medida de la inmensa tarea que le aguardaba; y el hombre que en su patria nunca habria salido de la oscuridad de un oficio, en América se trasformaba en especulador atrevido, en minero afortunado, en capitalista generoso y benéfico. Iliterato toda su vida, no conocia mas educacion que la del trabajo, ni otra aptitud que la de los ne-

gocios. Amante de la familia que allí se formaba, todo su anhelo se cifraba en ponerla á cubierto de las necesidades, y eximirle de la condicion del trabajo que á él le habia ensalzado; cegándole su mismo amor é ignorancia hasta el punto de no permitirle descubrir el mal que á sus hijos causaba con falsear asi los fundamentos de una educacion severa. Su mano estaba siempre abierta á las generosas inspiraciones de su corazon caritativo y piadoso, hablando en este punto mas alto que mis palabras los soberbios templos erigidos al Dios vivo en aquel suelo privilegiado, y los innumerables asilos abiertos en él á la humanidad necesitada.

Sin embargo de tales elementos, la prosperidad pública encontraba sus límites forzados en esos gastos ostentosos de la piedad y en los improductivos de la magnificencia, en los ruinosos de la clases ricas, en los cuantiosos envíos hechos á la península, en la falta de educacion de la clase trabajadora, en la escasa poblacion, en los obstáculos naturales y facticios que se oponian á la comunicacion con los estrangeros y muy señaladamente á la de las provincias entre sí, y en los vicios inherentes á la naturaleza de los gobiernos coloniales. Todas estas causas,

y acaso otras mas, impedian la acumulacion de la riqueza, que es el fondo de que se alimenta el progreso social, y el aumento de la inteligencia para procurar el mejor empleo de las fuerzas públicas.

Mas si el rey trabajaba por esta clase industriosa, no era para asociarla en manera alguna al gobierno. Ella por lo demás carecia de ideas y de hábitos en este punto, y se contentaba desde el fondo de la vida privada con ejercer en los negocios públicos aquella influencia indirecta reservada siempre á la riqueza y á la actividad. Ultimamente se apoderó con ansia del medio que el gobierno le ofreció para desplegar en mas vasto teatro su genio de accion en los consulados, institucion judicial á la par que administrativa de la primera importancia en América.

El poder religioso secundaba, como he dicho, en esta obra al gobierno, y robustecia su accion. Una de las primeras dotes de nuestra política colonial, á cuya prevision se debió la profunda tranquilidad de que gozó por tantos años aquella sociedad, fue el haber sabido hermanar con esta accion la del formidable poder de la religion. Nuestros monarcas aseguraron desde un principio una gran latitud de accion á la

iglesia americana, entendiéndose sobre el particular previamente con los Sumos Pontífices. El derecho de patronato tuvieron cuidado de vindicarlo y asentarle sobre bases sólidas, y de ejercerle de una manera menos equívoca, resultando así ellos á la cabeza de la Iglesia como sus tutores y guardianes de sus cánones y costumbres, y como promovedores y sostenedores del culto. El sacerdocio pues en América estuvo en íntima armonía con el imperio, y el sacerdote, en remuneracion de este espíritu y servicio, se veía honrado y enriquecido por el príncipe, sin que estos favores le envileciesen, pues no los compraba con el sacrificio de su conciencia.

La tarea que le imponía el príncipe estaba de acuerdo con su mision evangélica; mision de paz y de amor, de obediencia á Dios y á los que en su nombre mandan, de igualdad y fraternidad entre los hombres. Protejer al indio contra las vejaciones del blanco, interponerse entre el fuerte y el débil, haciendo escuchar á aquel la voz del deber y de la humanidad, y destilando sobre las heridas de éste el bálsamo de la resignacion, tal era su especial mision en América. Para ello su primer cuidado era buscar al indio, vivir con él y compartir

sus miserias, rescatarle de la idolatría, iniciarle en el conocimiento de la verdadera religion, auxiliar é ilustrar su trabajo material enseñándole el uso de los instrumentos y semillas desconocidas. El misionero llenó siempre con celo apostólico estos grandes deberes, y fué el eslabon mas fuerte de la cadena que unió á América con España, al hombre rojo con el de la civilizacion cristiana. Hoy en dia el espíritu de las misiones se arrastra moribundo en Méjico, y da escasas señales de vida allá en las Californias: él se nutria del celo religioso español y se apoyaba en una franca proteccion del gobierno; ambas cosas le han faltado, y no será extraño verle exhalar el postrer aliento si sigue abandonado á sí mismo.

Tales eran los combatientes, tal el carácter de la lucha: veamos el resultado.

El resultado mas visible fué el establecimiento de un poder vigoroso en América, amasado de cielo y tierra, que luego que hubo quebrado el cuello á las únicas ambiciones allí existentes, imperó soberanamente, y con tanta mayor decision y efecto, cuanto que estaba rodeado de un inmenso prestigio, y se apoyaba por un lado en la conciencia y por otro en el artificio sencillo y fuerte de un gobierno monárquico. Es-

te poder tuvo instintos democráticos, y se ejerció en beneficio de las masas allí singularmente débiles, y en contra de la tiranía de la gran propiedad; se ejerció en favor del trabajo aunque no con una gran liberalidad de miras, ya por no ser capaz de elevarse á ellas, ya por no sacrificar á unos adelantos mayores las condiciones de una política general un tanto meticulosa.

Este poder no se dividió con nadie; era único y absoluto, y se mantenía por la fuerza del principio monárquico que le animaba; principio omnipotente en la metrópoli á la sazón de su importación en América, en donde por otra parte funcionó con menos trabas, y estuvo rodeado del prestigio que la imaginación comunica á todo lo que por antiguo ó distante participa de la naturaleza del misterio. El rey no se veía en América sino en el aparato y dignidad con que sus representantes civiles y religiosos se ofrecían á la admiración del pueblo; y como la fantasía le encumbraba aún sobre ellos y le forjaba mas grande, mas bueno y poderoso, venía á resultar una pequeña divinidad, cuya presencia exigía por donde quiera el respeto, y movía ocultamente los resortes de la obediencia.

Los indios en manera alguna contraria-

ban el ejercicio de este poder; los nobles consintieron de grado ó por fuerza en ser sus satélites y en honrarse con vestir su librea; los comerciantes, en fin, le acataban como á su numen tutelar, y en ningún orden de la sociedad cupo la idea de hombrarse con él, recibiendo cuando mas con suma gratitud aquella diminuta porción que en la dirección de los negocios públicos era su intención dispensar, ya en los ayuntamientos, ya en los consulados.

El círculo de la pública inteligencia era por otro lado infinitamente reducido en América. La sociedad aquella no pensaba; solo se cuidaba de sentir, y para esto le ofrecía alimento cotidiano y precioso la religión. Su secuestro del mundo, en que con tanto estudio la mantenía el gobierno, favorecía tal tendencia de los espíritus, y sus costumbres sencillas deponen de la facilidad y soltura con que corrieron los días de aquella su primitiva existencia. El fuego de la ciencia mantenía no obstante encendido y se ocupaba de ello con particular afán el gobierno, pero era para formar á los ojos del sencillo pueblo una nueva visualidad que le atrajese y le enredase en las mallas del orden público. Un doctorado era una fiesta de familia para aquella modesta sociedad, y